





BIBLIOTECA CENTRAL  
N.º 1000

SERMON



*Cum insoueril vox tubæ muri  
funditus corruent civitatis.*

Al resonar la voz de la trom-  
peta..... caerán derribados hasta  
los cimientos los muros de la  
ciudad.  
Josué, VI, 5.

**H**ERMOSA epopeya es, en verdad, el libro de Josué! Admirador apasionado como soy de la *Iliada*, confieso, sin embargo, que ni el más bello de los discursos que pone Homero en los labios de las divinidades del Olimpo, puede compararse con las palabras que el Señor dirige al nuevo caudillo, á raíz de la muerte de Moisés.

«Levántate, le dice, y cruza este Jordán que tienes delante y que no pudo pasar tu predecesor. Sígate todo mi pueblo á la opuesta ribera, á tomar posesión de la tierra que he dado en herencia á los hijos de Israel. Lo prometí á Moisés. Dondequiera que estampareis la huella de vuestra planta, considerad como vuestro ese territorio, porque yo os lo daré.»

¿Qué cuadro más sublime que el paso del Jordán? En el centro, el Arca de la Alianza, en hombros de los Sacerdotes; á la derecha, las aguas del río que llegan



con furor desde Genesaret, y cual si encontraran uno de esos diques recientemente contruidos en el caudaloso Nilo, se detienen, y se elevan á guisa de montaña, y obligan á pararse y retroceder á las ondas, que sigue enviando el no lejano lago; á la izquierda, el lecho del río, enjuto por falta de corriente, pues ya llegaron al Mar Muerto sus aguas, y no hay nuevo caudal que las alimente.

Más grandioso se me figura todavía el asalto de Jericó. Inexpugnables son sus murallas, bien defendidos están sus torreones; numerosa y valiente es su guarnición y todos sus habitantes se hallan resueltos á vender muy caras sus vidas.

¿Qué hará el Señor para proteger á su pueblo escogido? ¿Se adelantará á los tiempos que tiene prefijados para revelar al hombre sus secretos de destrucción, y le enviará esas máquinas de guerra, esos explosivos que son el orgullo de la generación actual? Muy lejos de eso. Lo único que ordena es lo que hoy se llama una *demonstración*; y por cierto no un alarde bélico, sino una simple procesión, ó mejor dicho, una serie de procesiones.

«Al séptimo día, dijo el Señor á Josué, tomen los Sacerdotes siete trompetas de las que sirven para el jubileo, y vayan delante del Arca del Testamento; y en esta forma daréis siete vueltas á la ciudad tocando los sacerdotes sus trompetas; y cuando se oiga su sonido más continuado y después más cortado, é hiriere vuestros oídos, todo el pueblo gritará á una con grandísima

algazara, y caerán hasta sus cimientos los muros de la ciudad por todas partes.»

¡Oh poder irresistible de las procesiones, cuando las ordena el Señor y todo el pueblo toma parte en ellas con espíritu de fe y de piedad! Con razón las temen tanto los enemigos de la Iglesia, desde los herejes del siglo XVI hasta los sectarios del XX. A la séptima procesión cayeron de repente las murallas, y subió cada cual por la parte que tenía delante de sí, y se apoderaron de la ciudad, *muri illico corruerunt, et ascendit unusquisque per locum qui contra se erat, et ceperunt civitatem.*

En los tiempos modernos nos hemos acostumbrado á ver victorias semejantes y maravillas parecidas; ¡pero cuán diferentes en su causa y en los medios! Sin que Josué vuelva á detener el sol, el día se prolonga en una batalla, gracias á la electricidad. En Abisinia vimos al ejército Inglés penetrar hasta la capital del rey de reyes Teodoro, y vencerlo sin perder aquél más que once muertos. Ni una sola baja tuvieron en la bahía de Manila, ó en las aguas de Santiago de Cuba, las escuadras de la vecina República.

Pero para alcanzar tan espléndidos triunfos, se sirvieron de poderosas máquinas de guerra; mientras que los Hebreos derribaron los muros de Jericó sin máquinas ni arietes, *sine arietibus et machinis*, como recordaba Judas Macabeo al asaltar él mismo y en iguales condiciones las murallas de Jamnia.

Fué la fe la que derribó los muros de Jericó, como



nos recuerda el Apóstol, *fide muri Jericho corruerunt*; la fe, que desde Abel hasta los Macabeos, animó á los patriarcas y profetas y santos todos del Antiguo Testamento, y les hizo vencer en las luchas más desiguales.

También en la Nueva Alianza y en épocas comparativamente cercanas á la nuestra, la fe ha obrado idénticos milagros. En el siglo XVI, sobre todo cuando la herejía se empeñó en negar el más dulce de los misterios, la presencia real de Jesucristo en el augustísimo Sacramento del Altar, la fe en la Eucaristía derribó murallas más fuertes que las de Jericó y de una manera más prodigiosa. El instrumento de tales milagros, el héroe de tan ínclitas hazañas, no fué un guerrero como Josué ni un caudillo como Moisés. Fué un pobre religioso, un humilde lego franciscano, cuyas glorias me habéis invitado á celebrar, cuyo patrocinio hemos venido á invocar al empezar nuestro Congreso Eucarístico. Fué San Pascual Bailón, celestial Patrono de estas asambleas.

Más que á trazar una historia de su vida ó á formar un verdadero panegírico, vengo á señalaros algunos rasgos de su fe sin igual en el misterio de la Eucaristía y de su ardiente amor á Jesús Sacramentado, y á mostrároslo como estrella que ha de servir de norte á nuestro Congreso. Esto, se me figura, es lo que esperaréis de vuestro siervo; y con el auxilio del Espíritu Santo y la intercesión de María, lo llevaré á cabo, contando con vuestra benevolencia.

AVÉ MARÍA.

## I

Abundaron tanto en el siglo XVI los grandes hombres, los grandes santos, los grandes ingenios, que toda cuna inspiraba respeto dondequiera que se meciese. El varón en ella reclinado, podía convertirse á la vuelta de pocos lustros, en un Javier, en un Colón, en un Cortés. Poco importaba que fuera de marfil ó de mimbres, que la llenasen bordados almohadones ó rústicas pajas. De los alcázares, al par que de las cabañas, estaban bajando á los claustros ó subiendo á los tronos, héroes insignes, sabios eminentes, ángeles en carne humana.

¿Resonaron, por ventura, augurios de este género, cuando en la Pascua de 1540, en un pequeño pueblo de Aragón, Isabel Jubera y Martín Bailón arrullaban embelesados al infante con que la Providencia acababa de bendecirlos? Bien pudiera ser que sueños de ambición tentaran á aquellos pobres campesinos; pero no revelaron, por cierto, la menor aspiración á salir de su humilde esfera.

Desde sus más tiernos años destinaron á su hijo á



ser pastor de ovejas, y lo enviaron, sin siquiera enseñarle las primeras letras, á apacentar ajenos rebaños.

Pero él las aprendió por sí solo, y lo que es más, se empapó en las letras divinas. El Señor lo favoreció con altas virtudes, con celestes visiones y con el dón de hacer milagros. Sus santos vinieron más de una vez á conversar con el niño, y la árida tierra se abrió al contacto de su vara, recreándolo, como á Moisés en el desierto, con raudales de agua purísima. En derredor de las capillas rurales le agradaba pacer sus ovejas, aunque fuesen malos los pastos, para poder asistir al sacrificio de la Misa y adorar á Jesús Sacramentado. Pero aunque sin yerba, aquellos campos sagrados engordaban el ganado del pastorcillo; y cuando se veía obligado á llevarlo lejos del templo, resplandecía más y más la bondad del Señor.

No las trompetas de los levitas, como en tiempo de Josué, sino el cuerno rústico del zagal, hacían caer los muros de la Iglesia; y con milagro todavía mayor que el que se verificó en Jericó, tornaban á reconstruirse y cerrarse apenas había vuelto á entrar el Rey de los cielos. Los ángeles lo sacaban del Tabernáculo, bajo las especies de pan, para que lo adorara su siervo; y satisfecha su devoción, lo volvían á conducir en procesión triunfal á su dorado sagrario.

No, no era justo que tan devoto mancebo permaneciera en el siglo. San Francisco y Santa Clara lo habían convidado á la vida religiosa, y al fin, á la edad de veinte años, vistió el hábito del Patriarca de Asís. Pero,

¡qué decepciones lo aguardaban, como á tantos otros que creen que la vida monástica ha de ser toda de tranquila contemplación al pie del altar! Entró en calidad de lego, y los oficios que desempeñaba lo alejaban del Tabernáculo, más todavía que cuando apacentaba su grey por montes y por valles. Cultivando la huerta, de centinela en la portería, aderezando las viandas en la cocina, le era materialmente imposible el permanecer las largas horas que hubiera querido, á los pies de Jesús Sacramentado. A cada momento, es cierto, corría á la Iglesia; pero entre tanto, se impacientaba la visita que sonaba la campanilla sin obtener respuesta; quedaban sin suficiente riego las legumbres, ó lo que es peor, sin condimento los manjares. Preciso le fué renunciar en parte á sus devociones; pero el Señor, de nuevo vino á su ayuda, é hizo más de una vez abrirse los muros del templo, cual las murallas de Jericó.

¿A quién de vosotros no es familiar el cuadro en que pincel divino lo representa en estática contemplación, elevado sobre el suelo, con los instrumentos culinarios en la mano, pero con los ojos fijos en la custodia, que miraba á través de las paredes momentáneamente derribadas?

Más sublime es el espectáculo que nos ofrece, tendido en el féretro después de su glorioso tránsito, y aguardando el momento de ser encerrado en su sepultura. Al elevar el sacerdote en la Misa, las sagradas especies, se anima el rostro del cadáver, y abre los ojos para contemplar una vez más á Jesús Sacramen-



tado, á quien había profesado en vida ardentísima devoción.

Y no fué esta la única vez que hizo caer el muro inexpugnable que separa este mundo de las regiones desconocidas de la eternidad. Bien pudiera decirlo el Duque de Alcalá, que con su numeroso séquito interrumpió ruidosamente los divinos misterios, en la iglesia en que reposaban las sagradas reliquias de Pascual. A la súplica del sacerdote, dió el santo, desde su sepulcro, la orden de poner fin á la algazara, y tuvieron que callar confundidos los perturbadores del augusto sacrificio. En muchas otras ocasiones reveló desde su tumba los arcanos célestes; pero no en estos prodigios debemos hoy fijar nuestra atención. En los comienzos del Congreso Eucarístico, conyene principalmente hablaros de sus luminosos escritos sobre la Eucaristía, y de su azarosa peregrinación, ó mejor dicho, campaña eucarística á través de la Francia.

¡Pascual Bailón, escritor místico! exclamará quizás alguno. ¡El pobre portero, el humilde galopín del convento de San Francisco, comparado con la doctora Santa Teresa, con Luis de Granada, con Malón de Chaide! ¡Qué sed de novedades, qué furor de pregonar desde el púlpito una nueva mentira histórica!

No me admiraré que así clame la malevolencia, acostumbrada á tachar de mentira todas las verdades que le estorban. Pero vosotros vais á juzgar de la exactitud de mis asertos, y si tenéis paciencia, escucharéis, no sólo algunos trozos de los escritos eucarísticos de Pascual

Bailón, sino su paralelo con los de otros dos santos, el uno agraciado con pocas letras humanas, aunque con mucha ciencia divina; el otro enriquecido con raudales de profunda sabiduría divina y humana, vertidos sin tasa por el Dador de toda luz sobre su bendita cabeza. Así veréis que el Espíritu sopla donde le agrada, y habla lo mismo por los labios de un pobre cocinero, que por los del más sabio maestro, ó del más elocuente orador.

Prestad atento oído á las oraciones que para antes y después de la Comunión dejó escritas Pascual.

«Oh Rey de los cielos, Señor mío Jesucristo, yo, indigno pecador, me acerco á tu altar sacrosanto, convidado por tu voz divina, y fiado en tu infinita clemencia. Tú me llamas á tu Mesa, y en ella Tú mismo eres el alimento que me ofreces. . . . .

«Oh Jesús mío! Yo te ofrezco mi pobre alma y mi lánguido corazón. Mil veces he ofendido á tu divina Majestad, y á semejanza del traidor Absalón, te he desterrado del reino de mi pecho. Purifícame, oh fuente de agua viva; sáname, oh Médico salutar. Revísteme de fe inquebrantable y de firme esperanza, y conviérteme en templo digno de tu divinidad. . . . .

«Gracias te doy, Eterno Padre, que me entregaste á tu Hijo, no sólo para que me libertara de la tiranía de Satanás, sino para que me consolara, convirtiéndose en alimento en esta Hostia Sagrada. . . .

«Gracias y alabanzas de doy, piadosísimo y benignísimo Dios y Señor mío, que me criaste á mi y á todas las cosas; aunque indigno y pecador, te has dignado saciarme con el precioso Cuerpo de tu Hijo Unigénito Jesucristo. Te ruego humildemente que esta comunión no sea para castigo y condenación de este tu siervo. Sírvame de armadura de fe, de yelmo de esperanza, de escudo de buena voluntad. Lávame de los vicios, remueva la concupiscencia, destierre toda vanidad. Sea freno de mi lengua, y reforma de mi alma. Sea aumento de ardentísima caridad, de humildad profunda, de honestidad, de paz y reverencia, hágame perseverar en la virtud y en todo género de